

Vida y experiencia migratoria

Jesús Martín Pérez

Nacido en Villavante, un pequeño pueblo de la provincia de León, en Diciembre del año 1932, terminado mi ciclo escolar, con buena predisposición para el estudio, a los trece años, ingreso en colegio religioso de los P.P. Redentoristas, en la provincia de Burgos. Terminando el séptimo año, con estudios equivalentes al bachillerato, vuelvo a mi pueblo natal y durante 3 años trabajo en una oficina.

Las posibilidades económicas de España, en esos años, no permitían remuneraciones como para vivir cómodamente. Fallecidos mis padres y enterrado mi hermano, que vivía en Buenos Aires, desde el año 49, de mi situación casi huérfana, me aconsejó emigrar a la Argentina donde estaría en su compañía y con más posibilidades de progreso. Me constó bastante decidirme, porque mi situación no era desesperante, hablando económicamente, había probado lo que era la ausencia de mis afectos, en mis años de estudio, y a parte de esto, mantenía un noviazgo serio, con una chica recibida de maestra, que me mortificaba enormemente.

Lo analizamos ambos y decidimos avisar a mi hermano, para que me enviara mi Carta de llamada. Trámites terminados, el 5 de septiembre embarcaba en Vigo, en el barco francés Lamee, con destino a Buenos Aires. En ese momento desgarrador empecé a sentir lo que era despegarse de mis afectos y de mi patria, hacia un país lejano, muy lejano. En ese momento sentí una lucha feroz entre lo que dejaba y volver a ver a mi hermano y familia, después de muchos años. Me encerré en mi camarote y lloré. Ahí también me di cuenta, analizando mis compañeros de viaje, que muchos, cansados de vivir, con necesidades, ignoran lo que dejan y no saben lo que le espera.

Dieciocho días de barco y llegamos a Buenos Aires. Con la emoción de lo que añoraba y la emoción del encuentro, también lloramos. Ahora sí era el

momento de empezar mi vida de emigrante. En ese momento, anticipando mi llegada había vendido la propiedad donde vivía y analizó conmigo la posibilidad de comprar un negocio con vivienda, para vivir juntos, con su mujer y su hija, y empezar ya a trabajar en ese negocio, para ir adaptándome al país; el, ya tenía un negocio de garaje.

El negocio menos complicado, aparentemente para mí, sería un almacén-bar. Terminados los trámites consulares, rápidamente conseguimos comprar el fondo de comercio del negocio programado. El almacén-Bar era un negocio muy típico entonces en Buenos Aires, donde se vendían, en un local, productos alimenticios de todo tipo y elementos de limpieza y en otro local contiguo, separado, lo concerniente a un bar, bebidas de toda clase. Empiezan mis primeras dificultades y sufrimientos. Hombre de oficina, desconocía la mayoría de los productos y la mayoría de las bebidas, despertando en los clientes risas burlonas que me mortificaban, pero lo peor de todo era la vivienda. Estas propiedades, por lo general, eran de construcción vieja y la habitación más cómoda la ocupaba mi hermano y familia, en cambio, la mía era dormitorio y depósito a la vez, es decir una cama rodada de cajas y paquetes, con algún roedor que circunstancialmente se había colado por la puerta abierta. Ir a dormir y pensar en todo esto me desesperaba.

Esta amarga forma de vivir, con incomodidades y poca higiene la comprobé en casas vecinas en ese barrio de Avellaneda, y en los clientes que frecuentaban el bar, la mayoría de ellos polacos, ucranianos y rusos, que vivían solos, amontonados en habitaciones, con problemas familiares, fugitivos de la guerra y que todas sus penas las compartían y ahogaban en el alcohol de la bebida blanca.

A toda esta experiencia de vida y pensamientos se agregaba la esclavitud de un negocio que no cerraba en todo el día, todos los días de la semana, sin tiempo alguno para el esparcimiento. Mi nostalgia cada vez era mayor y comenté al hermano vender el negocio y dedicarme a otra actividad, pues en estas condiciones no podía seguir, y menos reclamar a mi futura esposa, acostumbrada como yo, a vivir en forma muy distinta, completamente distinta. Entendió mis explicaciones, vendimos el negocio, alquilamos una vivienda digna para ambos y empecé a trabajar en su garaje, como un empleado más. Mientras tanto, yo iniciaba los trámites para casarme por poder y reclamar a mi esposa, de lo contrario, soltera no podría reclamarla. Pues bien, aquí aparece un nuevo problema, dentro de la vida angustiada de un emigrante: Los padres de mi futura esposa se oponen terminantemente al casamiento; no podían entender que su hija, a la que habían dado todo para que estudiara y terminara la carrera de maestra, en esos momentos donde pocos estudiaban, se casara y los abandonara, para vivir en país tan extraño y tan lejano. La fortaleza de mi esposa y más consejos, con mucho dolor a la vez y siendo mayor de

edad, en la colaboración de amigos y algún familiar, se realizó el casamiento, en la ausencia, como es de suponer de toda su familia.

Un año más tarde, sin contarle nunca tantas dificultades, por mí sufridas, en la enorme esperanza de que todo cambiaría, veía bajar feliz a mi esposa del barco, ya llegó, con la emoción que me daba su presencia, y el amor y la valentía de una mujer que había esperado todo, hasta la oposición de sus padres, para seguir a su marido. Convivimos con mi hermano y cuñada y las consecuencias de tanto enfriamiento pronto tendría sus consecuencias, los nervios pasados, según los médicos, habrían originado un absceso en el intestino y la operación urgente era inevitable. Aparte de un nuevo sufrimiento moral y físico, todo salió bien y sin consecuencias para el futuro. Pasado el mal momento alquilamos un departamento precario, de acuerdo a nuestras posibilidades. En la intuición de ellas empezamos a entender que los comienzos que teníamos por delante, no eran nada halagüeños; sólo nuestro cariño mutuo y nuestro feliz reencuentro, superaban todas las dificultades. Transcurrían unos meses y mi hermano vende el negocio en el objeto de ir a España. Sin trabajo, en pocos días más, y esperando enderezar mi vida en lo que era más idóneo, de acuerdo a mis conocimientos, ingreso a trabajar en la oficina de una empresa grande: Sain T Hnos.; no sin antes demostrar en un examen mis conocimientos. El sueldo no satisfacía mis necesidades y mis aspiraciones, y apelé a mis conocimientos de latín y castellano, para ciertas clases en un colegio particular, privado, con mucho éxito por cierto, en mis horas libres.

A pesar de todo llegué a la conclusión, que siendo un trabajo cómodo para mí, los trabajos de dependencia, nunca cumplirían las expectativas de un emigrante, que deja su país para buscar un progreso, un gran futuro y volver a su país a demostrarlo. Así las cosas y habiendo vuelto mi hermano de España, le hablé de incursionar en un trabajo autónomo, aunque fuera con algún socio, a todo esto, él había comprado de nuevo otro garaje en la Capital. Con mi ayuda, entramos en una sociedad a mi nombre con tres connacionales: mientras yo seguía dando clase en mis horas libres. Los entretelones¹ que se cocinaban en esa pequeña sociedad los desconocía y pronto entendí que el rencor y la desilusión de tan pocos llevará el negocio a la quiebra, me apresuré a pedir lo que había puesto y me retiré del negocio.

A todo esto, mi esposa contenida, aunque las cosas no salían bien dado que yo no escatimaba voluntad y sacrificio para conseguirlo, me da la gran alegría, nace mi única hija. Aunque en mi trabajo sumaba un nuevo fracaso. Conversé de nuevo con el hermano y me aconsejó entrar en una sociedad de

¹ Entretelas, parte más interna y oculta de algo (N.E.).

Comandita por encima, de modo eran muchos los socios y las dificultades y errores se solucionaba de otra forma y en asamblea. Así lo hice, con mi dinero compré los puntos que la sociedad me ofrecía y empecé a trabajar con un sueldo superior al sueldo común, en la promesa de repartir ganancias al finalizar el año. Se trabajaba muy bien, era una gran confitería-bar-restaurant, y al finalizar el año no aparecían ganancias para nadie. Empezamos a investigar y el negocio estaba muy bien armado para muy pocos.

Capitalistas, a veces desconocidos, compraban propiedades grandes, hacían grandes reformas, y una vez preparados tasaban la propiedad y negocio en un valor duplicado y de acuerdo a ese valor ficticio solicitaban pequeños socios autónomos, que, en caso de venta, esos únicos trabajadores no tenían poder ni voto. El dinero en efectivo lo llevaban los capitalistas y los demás recibirían parte de lo que pusieron en documentos a cobrar. Lo lamentable de esto, que muchos capitalistas eran Connacionales, que se habían enriquecido varios años atrás, cuando el país nadaba en la abundancia. Nos dimos cuenta a tiempo, no sin sufrir un nuevo revés y desengaño, y me retiré con el capital inicial, con mucha reserva por su parte, para que los demás no se dieran cuenta. A pesar de todo y todas las dificultades, para dejar esa vivienda que alquilamos, que nos correspondía de nuestro pasado en España y sin las comodidades que deseábamos para nuestra hija, mi esposa ocultaba su desencanto, y nuestro cariño inquebrantable, como mi espíritu de lucha.

Después de tantos intentos, desengaños y sufrimiento, cuando parecía que se cerraban todos los caminos, apareció una oportunidad que no correspondía, como casi siempre, a mi especialidad, pero sería, en definitiva, la que podría concretar casi todos mis sueños: volver a España, vivir cómodamente, tener varias propiedades, entre ellas la de mi negocio propio y ver a mi hija con la carrera de Física y Química terminada, una nieta y un piso en España.

Sucedió como sigue. Un amigo nuestro, por razones de salud, nos comunica que en muy poco tiempo dejaría un local importante que alquilaba, dedicado al ramo de gas, armado de cocinas, reparación y repuestos de electrodomésticos, pero aparte, con una perspectiva de transformar las cocinas de Kerosén, que usaban los que no tenían gas natural, a gas de garrafa o bombona, como llaman en España. Este negocio lo emprendía sólo con mi hermano y no podía fracasar. Contratamos un operario del amigo, con sólidos conocimientos en el ramo. No habían transcurrido 15 días y aparecen las garrafas en el mercado. Las cocinas a kerosén más nuevas e incómodas empiezan a llegar a nuestro negocio, en una fluidez no esperada. Contratamos gente especializada en reparación de lavarropas, calefacciones y heladeras y en el fenómeno de las cocinas y su transformación, nuestro campo económico cambió rotundamente, hasta tener que alquilar unos galones más para depósito; todo esto mi duda, debido al buen trato y seriedad en los trabajos, que favorecía, día a

día, nuestro prestigio. A todo esto, dado que la Argentina tenía un nivel económico superior a los países vecinos se incrementó muchísimo la emigración, máxime de paraguayos y bolivianos que se instalaban en terrenos fiscales y desocupados, carecientes de todo para instalarse y vivir.

Entonces apareció otro fenómeno: las cosas usadas. Los barrios poderosos económicamente de la capital llevaban todo el mobiliario que renovaban a depósito que, diariamente o por semana, remataban los martilleros. Los pedidos nos superaban y todas las semanas llenábamos los depósitos. Hasta la clase media que edificaba en zonas de veraneo prefería los usados, por miedo a que fueran robados en el receso del invierno.

Pasaron varios años disputando las conquistas ya mencionadas, en nuevos viajes a España y cuando pensábamos disfrutar el piso de España, pasando allí los inviernos argentinos, y hasta llegar a vivir allá, junto con mi hija, permanentemente, la mayor desgracia de mi vida de emigrante llamó a nuestra puerta. A los 56 años, con toda su juventud y madurez, después de haberse reconciliado en los vaivenes de una vida de ansiedad, no del todo feliz, y con sus padres, que reconocieran mi error, fallecía mi querida esposa de una enfermedad incurable. Se desmoronaron ilusiones y proyectos y, de acuerdo con mi hija, vendimos el piso comprando en lo mejor de León y nos resignamos a vivir definitivamente en Argentina. Achiqué mi negocio para achicar los esfuerzos y hoy mantengo la venta de repuestos de electrodomésticos, con numerosa clientela que reconoce mi trabajo, honestidad y respeto hacia todos ellos. Una satisfacción muy grande. Hoy me saludan en el mostrador abogados, médicos, dentistas, etc., que escucharon mis clases de latín y castellano, cuando eran niños y adolescentes.

Esta ha sido la azarosa vida y circunstancias de un emigrante que saca estas conclusiones para generaciones futuras, quizás la nuestra fue más dura y dolorosa que la mayoría, porque el conjunto de la gente deja sus países por necesidad y nosotros, por consejo de buena fe y por una ambición apresurada, fuimos emigrantes sin necesidad de serlo. El emigrante empieza a sufrir cuando sube al barco, ahí sabe lo que deja e ignora lo que le espera. A lo largo de su vida es una persona insatisfecha, lo primero que extraña es el olor y los sabores de sus comidas, sus costumbres, sus amigos, sus ciudades y sobre todo sus afectos más íntimos y su soledad. A todo esto, pierde parte de su dignidad, no tienen ningún reparo en trabajar en cosas que jamás hubieran aceptado en su patria, la prueba la tienen en mi relato; por la ambición y el compromiso de adquirir fortuna para volver triunfadores a su Patria.

Tengo que reconocer que me ha tocado un país hospitalario y generoso, sin que por ello, no reconozca sus dolencias en desorden económico que perjudica a los emigrantes y a sus mismos habitantes argentinos.

Como resumen adjunto un canto poético a toda América, en eterno agradecimiento y en éste incluyo muy especialmente a mi actual esposa, Susana, excelente esposa, con la que contraje matrimonio hace siete años, hija de españoles, en la que sigo compartiendo la vida, en mucha felicidad. La vida siempre ofrece revanchas y compensaciones.

América

América, mujer exuberante y hechicera,
Mulata de ojos verdes, transplantados
en tu sangre y en tu piel morena,
fuiste virgen y eres pecadora,
eres deudora y eres financiera,
capaz de enamorar con tus encantos,
incapaz de administrar tu rica herencia
saturados de un mundo desgastado,
sin trabajo, sin paz y sin respuestas,
por millones se acercaron a tus playas,
al escuchar tu canto de sirena.

En esta emigración libre y variada
Sin distinción de credos ni banderas
Se mezcla la indigencia, la avaricia,
La aventura, confusión en tu idioma y tu conciencia.
España, madre espiritual y redentora,
predestinada, moralista y misionera,
Percibe en tu interior conos de sombra,
desborde en el furor de la marea
que las olas piratas de otros mares
tormentosos, empujan y alimentan.

América, mulata emancipada y protegida
De belleza salvaje y altanera
Aunque muestres en tu frente la altivez,
Pergaminos de tu independencia,
Aunque extraños te pretendan y te invada,
Sentirás en tu alma mi presencia,
En tus calles, en tus muros, en tus plazas,
Se respira la cultura de mis huellas.

En tu garbo, respira Andalucía,
En tu nostalgia, la morriña es gallega,
El orgullo y altivez, de Cataluña,
En el campo, rudo y desolado,
El vasco y su lechera,
En el fortín sobrador de tus mujeres,
Hay burbujas de sangre madrileña,
En Castilla y León, sensatez y nobleza,
En símbolo de España, laboriosas y austeras...